

Las [tensiones](#) con el [país vecino](#)
Lorenzo Meyer

Una hipótesis

Es fácil suponer que hay una correlación estrecha entre las épocas de reactivación del nacionalismo mexicano y la agudización de las tensiones en las relaciones de México con la potencia dominante: Estados Unidos, pero la historia de más de medio siglo muestra que ése no es el caso, al menos no siempre. Puede haber nacionalismo sin conflicto y conflicto sin nacionalismo, como ocurre en estos tiempos.

A partir del final del régimen del presidente Lázaro Cárdenas (1940), ningún gobierno mexicano ha podido ni querido volver a reafirmar el interés nacional al punto de afectar intereses sustantivos de Estados Unidos. El nacionalismo postrevolucionario ha sido bastante epidérmico, más de forma que de contenido. Sin embargo, no hay duda que al examinar la historia sexenal de los últimos 58 años -la política exterior tiene un carácter marcadamente sexenal porque la influencia de la Presidencia en esta arena es sobredeterminante- se pueden encontrar presidentes que echaron mano del discurso de corte nacionalista y de enfrentamiento con el gran vecino del norte y otros que no lo hicieron. Y los primeros no siempre fueron castigados ni los segundos siempre recompensados.

Los populistas

Si se quiere relacionar actitudes nacionalistas con tensión en las relaciones mexicano-americanas el mejor ejemplo son los años setenta. El inesperado activismo internacional de Luis Echeverría pretendió renovar por esa vía la legitimidad del Presidente y del régimen. El resultado fue un mayor contacto con los líderes tercermundistas, reactivación de las relaciones con Cuba, visitas al corazón del socialismo, apoyo al gobierno de la Unidad Popular en Chile, aceptación de las tesis árabes sobre el sionismo, movilización simbólica del sur pobre frente al norte rico (Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados), etcétera. La misma motivación explica el lenguaje antiimperialista -abiertamente antiamericano cuando Echeverría culpó a la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos del rechazo a su presencia en la Universidad Nacional- y ciertas acciones concretas

contra Estados Unidos, como la ayuda económica al gobierno del socialista Salvador Allende en Chile, que estaba siendo aislado por Estados Unidos.

Inicialmente, López Portillo se propuso llevar en paz su relación con Estados Unidos, pero cambió de actitud al combinarse el descubrimiento de grandes yacimientos de hidrocarburos en momentos en que el precio del barril de petróleo se disparó y el veto de Washington a un acuerdo de venta masiva de gas a empresas americanas a pesar de que Pemex ya había iniciado el tendido del gasoducto. La reactivación del activismo exterior se dio especialmente en Centroamérica; ahí se apoyó a la triunfante revolución sandinista y al movimiento insurgente de El Salvador -comunicado franco-mexicano- y se reafirmó la relación con Cuba. Por otro lado, Pemex se propuso evitar que Estados Unidos fuera el único comprador de su petróleo y López Portillo rechazó la sugerencia de Washington para que México ingresara al GATT y empezara a liberar su comercio exterior. Para la derecha norteamericana, toda esta actividad era política y moralmente reprobable: México apoyaba a la izquierda en Centroamérica para que la Unión Soviética y Cuba impidieran que la izquierda local actuara contra un régimen corrupto, reaccionario y en decadencia (Constantine Menges, *Inside the National Security Council*, Nueva York, 1988, pp. 106-107, 117-119).

Actitudes nacionalistas sin conflicto

Pero, ¿todo nacionalismo y antiimperialismo ha significado conflicto con Estados Unidos? La respuesta es no. Quizá sea excesivo calificar a los sexenios que van de 1940 a 1952 como nacionalistas, pero en ese periodo se tomaron algunas decisiones contrarias al interés norteamericano que no motivaron contragolpes por parte del vecino del norte.

Con Manuel Avila Camacho México entró a la Segunda Guerra Mundial y la relación mexicano-americana fue, en general, de gran cooperación. Sin embargo, hubo zonas de desacuerdo importantes. En primer lugar, no se dio marcha atrás en la nacionalización petrolera, y en segundo, no se establecieron las bases aéreas y navales que Washington propuso a México al inicio del conflicto porque México se negó a dejarlas bajo el control de Estados Unidos. Washington terminó por aceptar la negativa mexicana y mantuvo la colaboración en otras áreas.

Durante el gobierno de Miguel Alemán las relaciones políticas México-Estados Unidos atravesaron por una época dorada, pero ese Presidente al que en Washington se llamó "Mr. Amigo", no siempre fue obsequioso. En efecto, en contra de las renovadas presiones norteamericanas y británicas, Alemán cerró definitivamente la posibilidad de un retorno de las empresas petroleras expropiadas en 1938. Es verdad que Pemex firmó entonces "contratos riesgo" para exploración con empresas norteamericanas, pero se trató de empresas distintas a las expropiadas y de importancia secundaria. Alemán tampoco permitió el retorno a la política de fronteras abiertas a las importaciones procedentes de Estados Unidos. Para defender a los nuevos empresarios nacionales -Alemán era parte de ellos-, "el cachorro de la Revolución" reforzó los cimientos del proteccionismo que caracterizaría a la economía mexicana por los siguientes 30 años, y que fue la base de la industrialización por sustitución de importaciones. Al estallar el conflicto en Corea, Alemán, el anticomunista, apoyó la posición norteamericana en Naciones Unidas pero se guardó bien de ofrecer tropas -una contribución simbólica al contingente de la ONU hubiera caído bien en Washington- y vetó la firma de un tratado de cooperación negociado entre los ejércitos de México y Estados Unidos.

Adolfo López Mateos encontró de su agrado el moverse en el marco internacional. Formalmente apoyó a Cuba cuando ésta empezó a chocar con Estados Unidos tras el triunfo de la revolución de 1959. Recibió en México al presidente cubano Dorticos, al presidente de Yugoslavia y a un Charles De Gaulle, mal visto en Washington por sus desplantes nacionalistas e inauguró con Anastas Mikoyan una exposición soviética en la Ciudad de México. Claro que por otro lado, apoyó a Estados Unidos durante la crisis de los cohetes soviéticos en Cuba, aceptó la tesis de la incompatibilidad del marxismo-leninismo con el sistema interamericano y no dudó en disolver a garrotazos manifestaciones en apoyo a la revolución cubana e impedir el viaje del general Cárdenas a la isla caribeña cuando fue invadida.

López Mateos nacionalizó lo que quedaba de inversión externa en la industria eléctrica, se autodefinió como de "izquierda dentro de la Constitución" e hizo realidad el reparto de utilidades de las empresas. Sin embargo, sus numerosas entrevistas con los presidentes norteamericanos -tres con Dwight D. Eisenhower, una con John F. Kennedy y dos con

Lyndon B. Johnson- fueron exitosas y al concluir su gobierno, Washington no había colocado a López Mateos en ninguna situación embarazosa y sí, en cambio, había hecho un gesto simbólico importante en su favor: en agosto de 1963 devolvió "El Chamizal".

Sin lo uno ni lo otro

La hipótesis que relaciona actitudes nacionalistas con conflicto con Estados Unidos lleva a suponer que el abandonar el nacionalismo favorece una relación sin problemas y positiva con el vecino del norte. El caso que confirmaría esta suposición es justamente el del gobierno de Carlos Salinas. El corazón del salinismo fue el desmantelamiento del viejo nacionalismo postrevolucionario. México dejó de buscar la independencia relativa frente a su vecino del norte y se propuso integrarse al mismo por la vía de un tratado de libre comercio. La respuesta norteamericana fue el respaldo casi incondicional a Salinas. La "buena química" de la relación del presidente mexicano con el norteamericano (¡once reuniones entre 1988 y 1993!) se prolongó con su sucesor sin que importara que uno fuera republicano y el otro demócrata. Este último, William Clinton, mantuvo el apoyo a Salinas incluso cuando éste dejó la Presidencia mexicana y buscó la de la Organización Mundial de Comercio.

¡Sin nacionalismo y con humillaciones!

Prescindir del nacionalismo, como lo hizo Salinas, no garantiza buenas relaciones con Estados Unidos. Adolfo Ruiz Cortines, por ejemplo, siguió una política exterior de bajo perfil e hizo todo lo posible por no chocar con Estados Unidos incluso cuando Washington derribó al gobierno de la vecina Guatemala por la vía de Castillo Armas. Y no obstante que el ruizcortinismo significó un gran avance en la consolidación de la estabilidad interna mexicana -el mayor interés de Estados Unidos en México- el gobierno norteamericano no dudó en humillar al presidente mexicano al abrir unilateralmente la frontera a los braceros mexicanos que desafiaron la orden de Ruiz Cortines de no ir al país vecino en tanto no se negociara con Washington un tratado de braceros que no echara abajo lo conseguido durante la Segunda Guerra Mundial. Al final, Estados Unidos impuso sus términos.

El interés que Díaz Ordaz mostró en el exterior fue simbólico -el Tratado de Desnuclearización de América Latina (Tratado de Tlatelolco) de 1967- o muy cercano, concreto y para nada competitivo con Estados Unidos: una mejor relación comercial con Centroamérica. El conservadurismo y anticomunismo del presidente poblano hizo que naturalmente éste operara en la misma frecuencia que Estados Unidos y que no intentara más desplantes simbólicos de independencia que la defensa de la no intervención tras la invasión de República Dominicana. Las ocho entrevistas de Díaz Ordaz con los presidentes norteamericanos -Lyndon Johnson y Richard Nixon- transcurrieron sin problemas. Sin embargo, y casi al final de su mandato -1969- Díaz Ordaz debió de sufrir la humillación de la "Operación Intercepción", ordenada sorpresivamente por la burocracia de Washington y que por tres semanas paralizó la frontera norte mexicana en busca de traficantes de drogas. La medida colocó a México como el responsable político y, finalmente, moral, de un problema que era, y es, básicamente, norteamericano.

Miguel de la Madrid echó las bases del cambio del modelo económico mexicano siguiendo las ideas dominantes en Estados Unidos -desmantelamiento del proteccionismo y globalización-, pero el no ceñirse sin dilación y sin reservas al guión escrito por Ronald Reagan en la lucha contra "el imperio del mal" en Centroamérica, le valió ataques continuos en el norte, sobre todo en su flanco débil: el narcotráfico (de nuevo, ver la obra citada de Menges).

Ernesto Zedillo, por su parte, ha hecho casi lo imposible por mantener el modelo y el discurso económico que tantas alabanzas le ganó a Carlos Salinas en Estados Unidos. Sin embargo, la élite del poder norteamericana no le ha dado al actual Presidente -un economista ortodoxo también graduado en Estados Unidos- la protección y consideración que tan pródigamente otorgó a Salinas. Al salinismo de Zedillo le falta la "química" del "Espíritu de Houston", pues sin mayor consideración la burocracia de Washington le montó una innecesaria "Operación Casablanca" y la secretaria de Estado, casi sin pensarlo, le creó una situación embarazosa en relación a Chiapas al declarar que se le había presionado para que resolviera ya el complejo asunto del alzamiento indígena.

En suma

La revisión histórica lleva a concluir que coincidir y ser obsequioso con Estados Unidos no es un seguro contra las presiones y acciones unilaterales del poderoso país vecino. Por otro lado, también muestra que echar mano de gestos nacionalistas y de independencia no siempre es una mala elección, a condición de manejar la contradicción con gran cuidado para que no desemboque en conflictos y claudicaciones humillantes.

Prescindir del nacionalismo, como lo hizo Salinas, no garantiza buenas relaciones con EU. Adolfo Ruiz Cortines, por ejemplo, siguió una política exterior de bajo perfil e hizo lo posible por no chocar con aquel país, no obstante el gobierno norteamericano no dudó en humillar al presidente mexicano